

toda la Italia y por toda la España, tanto que de todos los puntos acudían peregrinos, y cada casa se transformó en una posada, y cada posadero se hizo millonario. La fortuna ascendente de la santa aldea duró hasta la mitad del siglo XVI: pero en esta época vino la reforma. La duda siguió á la reforma, la indiferencia siguió á la duda. Los habitantes cuando estalló la revolución francesa contaban con la persecución: la persecución los olvidó: desde este día fueron verdaderamente arruinados.

Y en efecto, á pesar de la exposición anual de las santas reliquias, que en otro tiempo había en un solo día de fiesta la fortuna de todo el año, la pobre aldea va muriendo á falta de peregrinos, tanto que ha acudido á sus primitivos medios de existencia; es decir, que los posaderos se han convertido en pescadores, y todavía desde el establecimiento de los buques de vapor la mar se ha hecho tan avara de los pescados, que no da ya á estos infelices suficientes recursos. Así están pálidos, hambrientos, porque el techo que habitan es el techo de sus padres; porque han nacido allí, y allí deben morir. Pero cuando se arruina una casa no se vuelve á reedificar; la familia que la habitaba se dispersa, y va mendigando, tanto que poco á poco se va estinguendo la aldea, y dentro de cincuenta años no quedará mas que la iglesia, y dentro de tres ó cuatro siglos la leyenda.

Mientras estábamos en Arlés, había sucedido en la aldea de Las Santas Marias un hecho bastante curioso, y que dará una idea exacta del talento de las buenas gentes que la habitan.

La iglesia de las Santas, cerca de la que hay un pozo milagroso abierto por ellas, y que da excelente agua aunque á cien pasos del mar, tiene por cura un buen anciano, cuyo hermano sirvió en otro tiempo en calidad de piloto en los buques del Estado. Terminado su tiempo de servicio, el valiente marino obtuvo su licencia, y volvió á casa bebiendo bien, fumando mucho, y no teniendo para hacer frente á estas costumbres gastadoras sino una pequeña pensión de doscientos cincuenta francos. Aunque el cura por su parte apenas tenía con qué vivir, recibió á su hermano en su casa con la sola condición de que no había de echar juramentos ni malas palabras. El piloto prometió á su hermano cuanto quiso. Pero como la costumbre es una segunda naturaleza, el marino cada vez habló peor y echó mas juramentos. Las primeras veces le reprendió el cura: después se contentó con hacer la señal de la cruz; después ya no hizo nada, encomendándose religiosamente á la indulgencia de Dios que no castiga mas que la intención: su hermano era de un excelente corazón, que jamás había tenido mala intención alguna en su vida.

Así iban las cosas durante algunos años. Al cabo de seis de ellos murió el sacristán. Como el difunto acumulaba las funciones de sacristán, de cantor y de portero, la plaza que dejaba vacante era una plaza muy buena que producía cien francos de sueldo, sin contar el pie de altar de bautismos, matrimonios y entierros.

Reflexionó el cura que ciento cincuenta ó doscientos francos de mas no vendrían mal para aumentar la comodidad de su casa, y ofreció la plaza á su hermano. Aceptó el hermano con la condición de que el cura le mandaría en la misa y en los oficios en términos marítimos, siempre en virtud de aquel axioma de que es mas fácil tomar una costumbre que perderla. El cura no vió en esto nada que pudiese ofender á Dios, y gracias á esta concesión desde el domingo siguiente, el piloto, vestido con la sobrepelliz y el incensario en la mano, se paseó gravemente de delante atrás, y cuando llegó el momento de cantar la Epístola, pasó con mucha destreza el misal de babor á estribor. Esto incomodó por algun tiempo al buen cura, que oía llamar la sacristía el cuarto del capitán, y el tabernáculo la alhacena del pan; pero se habituó á ello como se había habituado á tantas otras cosas. En cuanto á Dios, la prueba de que encontró todo esto bueno es que bendijo la casa fraternal, concediendo á los habitantes de ella una robusta salud.

Así vivían los dos hermanos hacia quince años casi, cuando una mañana llamó un negocio al buen cura á Arlés. Se informó si no había algun muchacho que estuviese á punto de venir al mundo; si alguna doncella no se hallaba en momentos de casarse. La respuesta fué negativa, de modo que el buen cura vió que podía ausentarse sin inconveniente. Había, sí, un enfermo, pero el médico le prometió hacerle durar hasta su vuelta. El cura se marchó, pues, perfectamente tranquilo.

Aquella noche murió el enfermo. Grande fué el embarazo, como se comprende muy bien, en que estuvo la aldea de Las Santas. El difunto, que no había querido aguardar al cura para morir, no podía aguardarle para ser enterrado, porque el cura no debía volver sino en tres ó cuatro días. Enviarle á buscar era casi imposible. La aldea de Las Santas no se comunica sino por medio de Arlés con el resto de la tierra, y por medio de un mensajero que va á la ciudad de Constantino una vez á la semana. El cura había ido precisamente el día de esta comunicación á fin de aprovecharse del retorno del caballo, y había partido á la grupa de él.

Los parientes del muerto fueron á encontrar al hermano del cura para hacerle presente su penosa y crítica situación. El ex-piloto les dejó hablar hasta lo último, y cuando hubieron concluido

—¿No es mas que eso? les dijo.

—¡Caramba! nos parece que es bastante, respondieron los parientes.

—¿El difunto no será protestante? preguntó el sacristán.

—Era católico como vos y como yo.

—¡Pues bien! Entonces enviadme alguno para que toque á misa, que yo la diré, y los responsos: yo le enterraré tan bien como puede hacerlo mi hermano. respondo de ello.

—¡Toma! dijeron los parientes, pues no habíamos caído en ello. Está bien.

Y se fueron á buscar al muerto, mientras que el digno marino se revestía los sagrados ornamentos en la cámara del capitán. Dijo su misa; enterró el muerto: la aldea entera asistió á la ceremonia; oró religiosamente sobre el sepulcro; y ni uno de los asistentes reparó en aquella informalidad, ni por ellos, ni por el muerto.

Cuando volvió el cura preguntó noticias de la salud del enfermo.

—El enfermo, respondió el piloto, está en el fondo de cala.

Le contaron todo. El buen cura no se mostró mas susceptible que los otros; antes pareció al contrario muy satisfecho de que en caso de ausencias ó enfermedades tuviese alguno que pudiese suplir sus funciones.

Saltemos catorce siglos, y pasemos de *Las Santas Marias* al caballero *Diosdado de Gozon*.

Los caballeros de San Juan de Jerusalem, que como se sabe habían sido fundados por Gerardo Tenque, caballero provenzal, cuya cuna encontraremos mas tarde en Martigues, habitaban en el siglo XIV en la isla de Rhodas, de que tambien llevaban el nombre. Rhodas viene de la palabra fenicia *Rhod*, que quiere decir *serpiente*. Este nombre, como se conoce, tenía una causa, y esta causa era la cantidad innumerable de reptiles que de tiempo inmemorial encerraba la patria del coloso.

Justo es decir, sin embargo, que las serpientes habían disminuido mucho, desde que hacia doscientos años los monges guerreros se habían establecido en la isla, en atención á que en sus momentos perdidos y para ejercitar la mano los caballeros, les hacían una ruda guerra. Resultó de esta actividad que la encomienda se creía libre casi del todo de sus enemigos, cuando un día apareció un dragon de una grandeza tan gigantesca y de una forma tan monstruosa que á su lado la famosa serpiente de Régulo no era mas que una sabandija.

Los caballeros fueron fieles á sus tradiciones por peligroso que fuese el seguirlas. Muchos se presentaron para combatir al monstruo, y salieron sucesivamente de Rhodas para ir á lancearle en el valle donde tenía su caverna. De cuantos salieron ni uno solo volvió: y en este caso, como siempre, la pérdida recayó en los mas valientes. El gran maestro, Heliod de Villanueva, se desesperó tanto del

resultado de las primeras tentativas, que prohibió bajo pena de degradación, que ningún caballero de los que estuviesen á sus órdenes saliese á combatir la serpiente, diciendo que semejante azote no podía ser suscitado sino por Dios, y que por consecuencia con armas espirituales y no con armas temporales debía tratarse de combatir su cólera. Cesaron, pues, los caballeros en su empresa, con gran disgusto del monstruo que comenzaba á aficionarse á la carne humana, y se vió obligado á contentarse simplemente con la de los bueyes y carneros.

En este tiempo llegó á Rhodas un caballero de la Camarga, llamado Diosdado de Gozon. Era un caballero muy valiente, y de gran prudencia, pero que nunca se había batido mas que en Occidente, de modo que resolvió con motivo de la serpiente dar á sus compañeros una muestra de lo que él sabía hacer; pero como lo hemos dicho, siendo un hombre tan prudente como intrépido resolvió no aventurar imprudentemente su vida, como lo habían hecho los que antes de él habían tentado la aventura; y antes de combatir quiso saber con qué enemigo tenía que habérselas. En su consecuencia, Diosdado de Gozon tomó noticias é informes los mas exactos que pudo procurarse sobre el monstruo, y supo que habitaba una laguna á dos leguas de la ciudad. Hacia las once de la mañana, es decir, en el momento en que es mayor el calor del día, salía de su caverna, y venía á desplegar al sol sus inmensos anillos, permaneciendo cuatro horas en acecho de su presa: despues llegada aquella hora se volvía á su caverna para no volver á salir hasta el día siguiente.

No bastaba á Gozon esto: quiso ver la serpiente con sus propios ojos. En su consecuencia salió una mañana de Rhodas, y se encaminó hacia la laguna, llevando en lugar de armas un lápiz y una hoja de papel. Llegado á mil pasos de la caverna buscó un lugar seguro de donde todo lo pudiese ver sin ser visto, y habiéndolo hallado aguardó con el lápiz y el papel en la mano á que le diese gana á la serpiente de venir á tomar el aire. La serpiente era muy exacta en sus costumbres; á su hora ordinaria salió: se arrojó sobre un buey que se había atrevido á penetrar en sus dominios, se lo introdujo entero en su vasto estómago; y satisfecha de su jornada se puso á digerirlo al sol á quinientos pasos del sitio donde se hallaba oculto Gozon.

Gozon tuvo todo el tiempo que quiso para hacer su retrato: la serpiente se hallaba colocada como un modelo; así reprodujo con escrupulosa fidelidad los menores detalles de su figura. Despues, terminado el dibujo, se retiró el caballero con la misma precaución, y se volvió á Rhodas.

Sus compañeros le preguntaron si había visto á la serpiente. Gozon les enseñó su dibujo; y los que no habían hecho mas que en-

treveerla reconocieron que era de la mayor semejanza y parecido.

Al día siguiente Gozon salió de nuevo de Rhodas y volvió á su escondite. Por la noche volvió á la misma hora que la vispera. Los demas caballeros le preguntaron lo que habia hecho, y respondió que habia hecho algunas orrecciones en su dibujo de la vispera. Los caballeros se echaron á reir. Al día siguiente la misma salida con las mismas precauciones, y al volver la misma respuesta. Los caballeros creyeron que su compañero estaba loco, y no volvieron á ocuparse de él.

Duró esta maniobra tres semanas. Al cabo de ellas el jóven caballero sabia, puede decirse, de memoria los menores detalles de su serpiente. Entonces pidió al gran maestre una licencia de seis meses: habiéndola obtenido se volvió á su castillio de Gozon, que estaba situado sobre el pequeño Ródano en la Camarga. A su vuelta todos le recibieron muy bien, y sobre todo á dos magníficos alanos que llevaba consigo: eran perros de la mejor raza, habituados á sujetar á los toros cuando el mayordomo de Gozon los marcaba con un hierro candente. Gozon por su parte les regaló mucho, porque tenia sus miras sobre ellos, y como temia que hubiesen degenerado en la travesía se los echó á dos ó tres toros, en los que hacian presa al minuto.

El mismo día Gozon, seguro de tener en ellos dos auxiliares como los necesitaba, se puso á trabajar en su empresa.

Gracias al dibujo que habia tomado, copiándolo del natural é iluminándolo, Gozon habia hecho una serpiente tan perfectamente exacta que era de la misma talla, los mismos colores, el mismo aspecto: entonces por medio de un mecanismo interior le dió los mismos movimientos: terminado su autómeta comenzó la educacion de su caballo y de sus perros.

La primera vez que vieron el mónstruo, á pesar de ser artificial, el caballo se levantó de manos, y los perros echaron á correr. A la mañana siguiente caballos y perros se asustaron menos, pero sin embargo, ni el uno ni los otros quisieron aproximarse al mónstruo. Al día siguiente el caballo vino á distancia de cincuenta pasos de él, y los perros le enseñaron los dientes. A los ocho dias el caballo pateaba la serpiente, y los dos alanos se echaban sobre ella como sobre el toro.

Entretanto Gozon los ejercitó dos meses todavía, habituando á los perros á que hiciesen presa debajo del vientre, porque habia notado que debajo del vientre la serpiente no tenia escamas.

Para este efecto ponía carne fresca en el estómago de su autómeta, y los perros que sabian que allí les aguardaba el almuerzo, iban á buscarlo hasta el fondo de sus entrañas. Al cabo de dos meses no tenia nada ya que enseñarles: ademas, por bien que compu-

siese todos los dias el mónstruo comenzaba á caerse en pedazos.

El caballero marchó para Rhodas, donde despues de una travesía de un mes, llegó felizmente. Habia poco mas de seis que habia salido de allí.

Al poner el pie en las puertas pidió noticias del mónstruo. El mónstruo estaba perfectamente; gozaba de buena salud; únicamente que de día en día los rebaños y la caza eran mas raros, y estendia ahora sus escursiones hasta debajo de los muros de la ciudad. El gran maestre Heliod de Villanueva habia ordenado rogativas y cuarenta horas; pero las rogativas y las cuarenta horas no hacian mas que si fuesen simples Ave Marias; de modo que la isla de Rhodas se hallaba en la mas profunda desolacion.

El caballero, montado en su caballo y seguido de sus dos dogos, se fué derecho á la iglesia, donde se encomendó á Dios y permaneció en oracion desde las siete de la mañana hasta las doce, dejando á sus perros sin comer, y dando al contrario un buen pienso á su caballo: despues al medio dia, es decir, á la hora en que el mónstruo tenia la costumbre de echar su siesta, salió de la ciudad y se dirigió hácia la laguna acompañado de sus perros que aullaban lamentablemente; tan rabiosos estaban de hambre.

Como ya he dicho, el mónstruo se habia aproximado mucho á la ciudad. Je modo que el caballero apenas habia dado mil pasos fuera de las puertas cuando le vió abriendo la boca al sol, y aguardando alguna presa: asi por su parte apenas vió el mónstruo al caballero, cuando levantó la cabeza silbando, batió las alas, y avanzó rápidamente contra él.

Pero la presa con que contaba saborearse era difícil de dígiger, porque apenas le hubieron visto los dos alanos, cuando creyendo que era la serpiente de carton, y acordándose que tenian su desayuno en el vientre, en lugar de huir se arrojaron sobre él y le atacaron con encarnizamiento. Por su parte el caballo y el ginete no estaban ociosos: el uno pisoteándole con los cuatro pies, y el otro hiriéndole con las dos manos, de modo que la desgraciada serpiente que jamás se habia encontrado en una funcion igual, quiso huir hácia su caverna; pero estaba condenada: una estocada del caballero le atravesó un costado, al mismo tiempo que una coz del caballo le quebraba un ala, y que los dos alanos la registraban, el uno el estómago para comerle el corazon, y el otro las entrañas para comerse el hígado. Al mismo tiempo los habitantes de la ciudad que se hallaban subidos sobre las murallas y que desde aquel punto estaban presenciando el combate, aplaudieron con grandes palmadas la agonía del mónstruo. Los aplausos animaron al caballero, que se apeó, cortó la cabeza á la serpiente, y habiéndola

dola atado en señal de trofeo al arzon de su caballo volvió á entrar en la ciudad de Rhodas triunfalmente cual el jóven David, y fué llevado al palacio de los caballeros acompañado de toda la poblacion. Sus dos perros le seguian lamiéndose el hocico.

Pero llegado al palacio del maestre, encontró al gran maestre Heliod de Villanueva que le aguardaba, y que en lugar de felicitarle por su valor, le recordó el decreto que habia dado, y que prohibia á todo caballero de San Juan combatir con el mónstruo: despues, en virtud de aquel decreto al que tan felizmente habia faltado el caballero, le envió arrestado, diciendo que valia mas que se hubiese comido todos los ganados y la mitad de los habitantes de la isla, que el que hubiese faltado á la disciplina un solo caballero de la órden.

En consecuencia de este axioma cuya verdades comprueban los rodios, pero cuya aplicacion tuvo que sentir el caballero, el gran maestre mandó á un calabozo á Gozon: reunió el capítulo, y en sesion permanente condenó al vencedor á la degradacion. Fácilmente se comprende que apenas fué pronunciado el juicio, cuando inmediatamente se concedió el perdon. Gozon fué rehabilitado, reintegrado en su titulo, y lleno de honor.

Algunos meses despues habiendo muerto Heliod de Villanueva, fué elegido gran maestre en su lugar. A contar desde este momento, Gozon tomó por armas un dragon, armas que se han conservado en su familia hasta principios del siglo XVII, época en la que se distinguió esta.

El caballo y los dos alanos fueron alimentados y mantenidos todo el tiempo de su vida á costa de la ciudad de Rhodas, y despues de su muerte, disecados.

Esto es en cuanto á la Camarga: pasemos ahora á Crau.

El Crau es la llanura en donde se verificó la lucha de Hércules con los pueblos que queria civilizar; lucha en la que el vencedor de la Hydra estaba á punto de sucumbir, cuando Júpiter acudió á su socorro derramando sobre los que con él peleaban tal granizo de piedras, que aun hoy, es decir, cuatro mil años despues del combate, la llanura provenzal se llama *la Crau*, de la palabra céltica *craig*, que significa guijarro, ó como dicen los sabios siempre, dos casos del verbo *kradro*, que quiere decir *yo grito*, y que imita el crugido de un pie de herradura deslizándose sobre piedras duras. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el campo está enteramente cubierto de guijarros, de los que no se ve uno en Camarga; pero tambien es preciso decir que entre los guijarros brota, escitada por las sales marinas, y el viento mistral, una yerba tan buena y sabrosa, que pueden disputarle sus pastos la preferencia á los pastos salidos de la Normandia: asi,

los pastos de que á primera vista el ojo ejercitado de un ganadero de la Beauce ó Champagne, no daría 50 francos por fanega, producen mas que en ninguna otra parte, porque la yerba de la Crau no depende ni del granizo ni de las heladas. Como en el paraíso terrrenal, la yerba brota allí por si sola, y no hay mas que dejarla crecer.

Ademas es cosa estraña á la vista, que aquella inmensa llanura tiene sus mareages y sus huracanes como el desierto: y es que allí aquel buen mistral, con el que hemos hecho conocimiento en Avignon, ha establecido su morada. Como nada se opone á su furor desplega allí toda su magestad: asi, á sus primeros ataques, rebaños, perros y pastores que conocen su enemigo, se apresuran á aproximarse, á apretarse los unos contra los otros, y á ofrecer una masa compacta y sólida á todos sus ataques. Entonces gime el mistral, silba, ruge, estalla: tan pronto recorre el Crau bajo la forma de un torbellino, y entonces se levantan las piedras revoloteando como una manga: tan pronto se lanza en ráfagas estrañas, y entonces arroja las piedras delante de él cual si fueran olas; tan pronto ve lamiendo la tierra como una vasta trilladora de bronce, y entonces si encuentra aislados carneros, pastor ó cabaña, se los lleva por delante, los arroja, los quebranta, los hace pedazos; los anonada: diríase que los devora en su carrera, porque no se encuentra, ni aun cuando se ha vuelto á sus montañas, los restos de las cosas que su cólera ha envuelto al pasar en los pliegues de su terrible manto.

Asi entre los antiguos pasaba el mistral como un dios, y Séneca que enumera su saludable influencia, cuenta que Augusto le levantó un templo. Ademas, en aquel momento hallábase sin duda retirado en sus cavernas del monte Ventoux, porque atravesamos todo el Crau sin oír hablar de él. Hácia las dos de la tarde, se detuvo nuestra barca-carroza: saltamos en tierra, y como preguntamos con que objeto nos habrian dejado allí, nuestro patron nos respondió que habiamos llegado á la ciudad de Bouc.

Miramos en derredor nuestro, y vimos tres casas; dos se hallaban cerradas, la otra abierta. Nos dirigimos hácia la que estaba abierta, y le hallamos habitada por un posadero que estaba jugando solo al billar: su mano derecha habia desafiado á su mano izquierda, y estaba en tren de reñir con ella, aunque le habia dado tantos.

Preguntamos á aquel buen hombre si habia medio de tener una comida: nos respondió que nada era mas facil, con tal que tuviésemos la complacencia de aguardarnos una hora. Le preguntamos que podriamos hacer entretanto. Nos respondió que podiamos visitar la ciudad.

—¿Qué ciudad? pregunté yo.

—La ciudad de Bouc, respondió el posadero.

Yo creí que había pasado cerca de ella sin verla: volví al dintel de la puerta, y miré á todas partes á mi alrededor: no había mas que dos casas cerradas, y en todo cuanto se extendía la vista no había ni la menor altura detrás de la cual pudiese ocultarse, no digo una ciudad, pero ni aun un plan en relieve, volví á entrar, y encontré á Jadin que leía un papel impreso pegado en la pared.

—Preciso es, le dije, que Bouc sea alguna ciudad subterránea como Herculano, ú oculta en la ceniza como Pompeya porque no veo señales de ella.

—Pues bien, yo la he descubierto, me dijo Jadin.

—¿Y dónde está?

—Héla aquí, me dijo. Y me enseñó con el dedo el impreso.

Me aproximé y leí.

«Napoleon por la gracia de Dios, emperador de los franceses, rey de Italia, etc. etc. : Hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

«Se levantará una ciudad y se abrirá un puerto entre la ciudad de Arlés, y la de Martigues. Esta ciudad y el puerto, se llamará la ciudad y el puerto de Bouc.

«Nuestro ministro de Trabajos públicos está encargado de la ejecución del presente decreto.

«Dado en el palacio de las Tullerías en 45 de julio de 1811.—Firmado: Napoleon.»

Debajo del decreto se hallaba el plano.

—Aquí está, me dijo Jadin.

Y en efecto, en uno de esos raros momentos de descanso que le daba la paz, Napoleon había vuelto sus ojos desde el mapa de Europa al de Francia, y poniendo el dedo sobre las playas del Mediterráneo, entre la Crau y la Camarga, á seis leguas de Arlés, y diez de Marsella, había dicho:

—Aquí hace falta una ciudad y un puerto.

Inmediatamente su pensamiento cogido al vuelo, había tomado cuerpo, y se había vuelto á presentar á él; al día siguiente dictó la forma de un decreto á cuyo pie había puesto su nombre.

Entonces se había hecho un plano, y llevado ingenieros. Despues sobrevino la campaña de Rusia acompañada de los desastres de Moscou, y como faltaban hombres en atención al gran consumo que de ellos había hecho el invierno, fueron llamados los ingenieros: había llegado el tiempo de abrir un canal, y trazar el plano de la ciudad: despues, un especulador precoz había edificado tres casas, de las que las dos se hallaban cerradas por falta de inquilinos, y la tercera, trasformada en posada, se hallaba habitada por nuestro huésped.

Esta era la ciudad que no existía, y que se nos había ofrecido visitar.

Tuve un instante de terror: me ocurrió la idea de que la comida podía ser tan fantástica como la ciudad: di un salto desde el cuarto á la cocina: el asador estaba dando vueltas, y las cacerolas en la hornilla. Me aproximé á uno y á otras para asegurarme sino eran fantasmas, y si eran pierna de carnero y la sombra de una perdiz lo que tenía ante mis ojos: esta vez era una realidad.

—Ah, ah, sois vos, me dijo el huésped dándole vueltas al asador; paciencia, paciencia. Dad una vueltecita por la calle Mayor, y yo iré á buscaros enfrente del teatro.

Creí que estaba loco aquel hombre; pero como tengo tanto respeto á los locos, como desprecio á los imbéciles, cogí á Jadin del brazo, y salimos buscando la calle Mayor. No tardamos mucho en encontrarla. A algunos pasos de la casa había un poste de madera, y en la punta de aquel poste un cartel, y en aquel cartel este letrero: «Calle Mayor ó calle del Puerto:» estábamos en ella.

Fuimos paseando; al cabo de cien pasos nos encontramos otro cartel sobre el que se leía: *Teatro de S. M. la emperatriz Maria Luisa*. Detuvimos allí: era el punto en que segun todas las probabilidades nos había dado cita nuestro posadero.

En efecto, cinco minutos despues le vimos llegar.

El buen hombre era estremadamente complaciente; jamás he visto cicerone mas erudito. Durante dos horas nos paseó por los cuatro rincones de la ciudad, y nos hizo ver todo, desde las carnicerías hasta el jardín botánico, indicándonos cada edificio en sus menores detalles, y no perdonándonos ni una descripción. Felizmente, yo había cogido mi escopeta, y recorriendo la ciudad había matado un par de chochas en la Bolsa, y una liebre en la Aduana.

Magnífica es la ciudad de Bouc, únicamente que tiene la desgracia contraria á la del caballo de Rolando: el caballo de Rolando no tenía mas que una falta, el que había muerto: la ciudad de Bouc no tiene mas que una sola falta, la de no haber nacido. Fuera de esto no hay nada que echar de menos en ella: diré mas, es donde se come mejor que en otras muchas ciudades que para desolación de los viágeros tienen la desgracia de visitar.

EL MARTIGAD.

Al primer tiro que disparé, nuestro cicerone me había hecho observar que había un re-

glamento de policía que prohibía cazar en lo interior de las ciudades; pero como no obstante el consejo cinco minutos despues volví á tirar otro tiro, no había querido volver á insistir mas: únicamente por los resultados había notado que yo era bastante buen tirador, y se había prometido sacar provecho de mi destreza, que había tenido la imprudencia de manifestar.

Así, cuando pedimos nuestra cuenta para pagarle despues de haber devorado la comida, á escepcion de un cierto plato al que no habíamos podido incarle el diente, y que habíamos pasado á Milord; el que á su vez por muchos esfuerzos que hizo tuvo tambien que desistir.

—¿Estos señores son cazadores? dijo nuestro posadero.

—Si, como habeis podido ver, respondi.

—Si estos señores quieren hacerme el honor de pasar la noche aquí, les ofreceria para mañana una caza como no han visto otra.

—¡Diablo! dije yo.

—¡Os chanceais! dijo Jadin.

—No señores, os juro que os digo la verdad.

—¿Y qué caza es? Pregunté yo.

—Una caza de zercetas, aves parecidas al pato, sobre los estanques de Berre.

—Y la zerceta ¿qué es?

—Es el plato que os he servido en salmi.

—¡Y de qué Milord no ha querido comer! ¡Buen animal era la zerceta!

—Estos señores sabrán bien que no se caza por la pieza misma, sino por el placer de matarla.

—Justo, respondi yo ¿y qué?

—Mañana hay una gran cacería en Martigues. Saliendo de aquí á las seis de la mañana, estos señores llegarían á tiempo para entretenerse, yo les daría una carta de recomendación para mi primo, que es regidor de la villa de Berre.

—Otro farsante como tú, dijo Jadin.

—¿Cómo? preguntó el posadero que había oído, pero que no había comprendido.

—Nada, respondi yo. ¿Qué decis?

—Bien: digo que cuando volvais á pasar por la ciudad de Bouc, ya me direis si os habeis distraído ó no en vuestra caza.

—¡Qué aterrado y que engreído está con su ciudad! dijo Jadin.

—¿Pero qué haremos desde ahora hasta la noche?

—No es artista el señor? preguntó el posadero saludando agradablemente á Jadin.

—Para serviros, buen hombre.

—Pues bien, el señor desde aquí á la noche podrá sacar una vista del puerto.

—Toma, ve aquí ya, le dije á Jadin, ocupado nuestro tiempo. Yo pondré mis notas al corriente, y como es preciso que partamos mañana á las cinco, nos acostaremos temprano.

—Como gustéis, dijo Jadin, pero os prevengo que estamos en una ladronera.

—Bien, nos quedamos, le dije al posadero. Id á escribir vuestra carta, y que nos hagan las camas.

A pesar de la predicción de Jadin, se pasó la noche sin novedad. A las cinco nos despertó nuestro huésped.

—Y bien ¿de nuestra carta? le pregunté.

—A fé mia, señor, dijo el posadero, que he reflexionado que no era hoy día de barca, y que por consecuencia no pasarían probablemente barqueros por la ciudad de Bouc. Voy á poner mi caballo á mi cabriolé; he alcanzado mi escopeta, y si estos caballeros no me juzgan indigno de su compañía, y quisiesen permitirme que les guie, les ofrezco dos asientos en el carruage. Llegarán á los Martigues mas frescos y mas listos que si hubieran caminado á pie.

—¿Cómo? dije yo.

—Pues hombre, dijo Jadin aproximándose al posadero. Os debo una reprensión por haber tenido un mal juicio de vos. Dadme un polvo.

—Y traed una botella de vino de Cahors.

El posadero ofreció un polvo á Jadin, y se fué á buscar la botella pedida.

—¡Y bien! ¿Qué decis de nuestro huésped? pregunté yo á Jadin.

—Le llevo sobre mi corazón, y á su ciudad.

Diez minutos despues andábamos caminando en su carruage hácia Martigues á donde llegamos al amanecer.

Jamás he visto aspecto mas original que el de esa ciudad. Población colocada entre el estanque de Berre y el canal de Bouc y edificada no en la orilla del mar, si no en la mar. Martigues es á Venecia lo que una encantadora aldeana á una gran señora: no la ha faltado mas que el capricho de un rey, para hacer de la aldeana una reina.

Martigues aseguran fué edificada por Mario. El general romano, en honor de la profetisa Marta que le acompañaba, como saben todos, la dió el nombre que aun hoy lleva. Esta etimología podrá no ser muy exacta, pero como se sabe, la etimología es de todas las estufas la que produce flores mas estrañas.

Lo que choca desde luego en Martigues es, su singular fisonomía, son sus calles costeadas de canales y llenas de cyatis y algas con olor marino: son sus calles donde hay barcas, como en otras partes hay carros. Despues de casas esqueletos se levantan de navios: el alquitran, las redes, se secan allí. Es un inmenso buque donde todo el mundo pesca, los hombres con las redes, las mugeres con cañas, y los niños á la mano: se pesca en las calles, sobre los puentes, se pesca por las ventanas, y el pescado renovado siempre y siempre estúpido se deja coger así en el mismo sitio y por los mismos medios hace dos mil años.